

prójimo. Era un argumento contundente; la condesa lo advirtió, y, fuese por una tácita condescendencia natural en todos los que visten hábitos religiosos, ó sencillamente por una casualidad afortunada, lo cierto es que la monja contribuyó al triunfo de los aliados con un formidable refuerzo. Habíanla juzgado tímida, y se mostró arrogante, violenta, elocuente. No tropezaba en incertidumbres casuísticas; era su doctrina como una barra de acero; su fe no vacilaba jamás, y no enturbiaba su conciencia ningún escrúpulo. Parecíale sencillo el sacrificio de Abraham; también ella hubiese matado á su padre y á su madre por obedecer un mandato divino; y en su concepto, nada podía desagradar al Señor cuando las intenciones eran laudables. Aprovechando la condesa tan favorable argumentación de su improvisada cómplice, la condujo á parafrasear un edificante axioma, «el fin justifica los medios», preguntando:

—¿Supone usted, hermana, que Dios acepta cualquier camino y perdona siempre, cuando la intención es honrada?

—¿Quién lo duda, señora? Un acto punible puede con frecuencia ser meritorio por la idea que lo inspire.

Y continuaron así, discurriendo acerca de las de-

cisiones recónditas atribuidas á Dios, creyéndole interesado en sucesos que, á la verdad, no deben importarle mucho.

La conversación iba tomando, conducida por la condesa, un giro hábil y discreto. Cada frase de la monja contribuía poderosamente á vencer la resistencia de la cortesana. Luego, apartándose del asunto ya de sobra repetido, la monja hizo mención de varias fundaciones de su Orden; habló de la superiora, de sí misma, de la hermana San Sulpicio, su acompañante. Iban llamadas al Havre para asistir á cientos de soldados variolosos. Detalló las miserias de tan cruel enfermedad, lamentándose de que, mientras inútilmente las retenía el capricho de un oficial prusiano, algunos franceses podían morir en el hospital, faltos de auxilio. Su especialidad fué siempre asistir al soldado; estuvo en Crimea, en Italia, en Austria, y refería los azares de la guerra, mostrándose de pronto como una Hermana de la Caridad belicosa y entusiasta, sólo nacida para recoger heridos en lo más recio del combate, una especie de sor María Rataplán, cuyo rostro descarnado y descolorido era la imagen de las devastaciones de la guerra.

Cuando hubo terminado, el silencio de todos afirmó la oportunidad de sus palabras.

Después de comer, fuése cada cual á su alcoba, y al día siguiente no se reunieron hasta la hora de almorzar.

La condesa propuso, mientras almorzaban, que debieran ir de paseo por la tarde. Y el conde ofreció el brazo á la moza en aquella excursión, rezagándose.. Todo convenido.

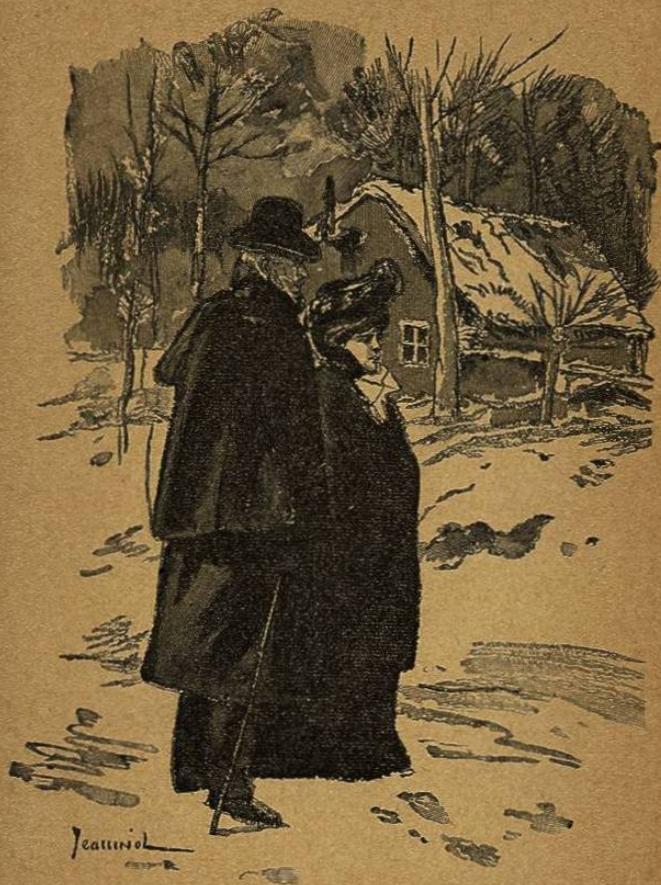
Empleando el tono paternal, franco y un poquito displicente, propio de un «hombre serio» que se dirige á un pobre ser, la llamó «niña», tratándola con dulzura desde su elevada posición social y su honradez indiscutible. Sin preámbulos, metióse de lleno en el asunto.

—¿Prefiere vernos aquí, víctimas del enemigo, y expuestos á sus violencias, á las represalias que seguirían indudablemente á una derrota, que doblegarse á una... liberalidad, muchas veces por usted consentida?

La moza callaba.

El conde insistía, razonable y atento, sin dejar de ser «el señor conde», pero expresándose con galantería, con afabilidad, hasta con ternura, si la frase lo exigía. Exaltó la importancia del servicio, y el «imborrable agradecimiento». Después comenzó á tutearla de pronto, alegremente:

—No seas tirana; permite al infeliz que se vana-



glorie de haber gozado á una criatura como no debe haberla en su país.

La moza, sin despegar sus labios, fué á reunirse con el grupo de señoras.

Ya en casa, retiróse á su cuarto, sin comparecer ni á la hora de la comida. La esperaban con inquietud. ¿Qué decidiría?

Se presentó Follenvie, advirtiendo que la señorita Isabel se hallaba indispuesta, que no la esperasen. Todos aguzaron el oído. El conde, acercándose al posadero, le preguntó en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Por decoro no dijo nada más, dedicando una mueca de satisfacción á sus compañeros. Respiraron satisfechos, y reflejóse una retozona sonrisa en los rostros.

Loiseau no pudo contenerse:

—¡Caramba! Convido á champagne, para celebrarlo.

Y se le amargaron á la señora Loiseau aquellas alegrías, viendo aparecer á Follenvie con cuatro botellas.

Mostrábanse á cuál más comunicativos y bulliciosos, rebotando en sus almas un goce fecundo. El conde reparó que la señora Carré-Lamadon era

muy apetecible, y el industrial tuvo frases insinuantes para la condesa. La conversación chisporroteaba, graciosa, vivaracha, jovial.

De pronto, Loiseau, abriendo mucho los ojos y levantando los brazos, aulló:

—¡Silencio!

Todos callaron estremecidos.

—¡Chist!... —ordenaba el vinatero, arqueando mucho las cejas.

Y al poco rato, decía con suma naturalidad:

—Tranquílense. Va como una seda.

Pasado ya el susto, le rieron la gracia.

Luego, repitió la broma:

—¡Chist!...

Y cada quince minutos, insistía. Como si hablara con alguien del piso alto, daba consejos de doble sentido. Ponía de pronto la cara larga, suspirando, para decir:

—¡Pobrecita!

O mascullaba una frase rabiosa:

—¡Prusiano asqueroso!

Cuando estaban distraídos, gritaba:

—¡No más! ¡no más!

Y como si reflexionase, añadía entre dientes:

—¡Con tal que volvamos á verla!

De gusto deplorable, divertían sin embargo

aquellas bromas; á nadie molestaron, porque la indignación, como todo, es relativa y conforme al medio en que se produce. Y allí respiraban un aire infestado por todo género de malicias impúdicas.

Al fin, hasta las damas hacían alusiones ingeniosas y discretas. Habíase bebido mucho, y los ojos, encandilados, chisporroteaban. El conde, que hasta en sus abandonos, conservaba su respetable apariencia, tuvo una graciosa oportunidad, comparando su goce al que pueden sentir los exploradores polares, bloqueados por el hielo, cuando ven abrirse un camino hacia el Sur.

Loiseau, alborotado, levantóse á brindar:

—¡Por nuestro rescate!

De pie, le aclamaban todos, y hasta las monjitas, cediendo á la general alegría, humedecían sus labios en aquel vino espumoso que no habían probado jamás. Parecióles algo así como limonada gaseosa, pero más fino.

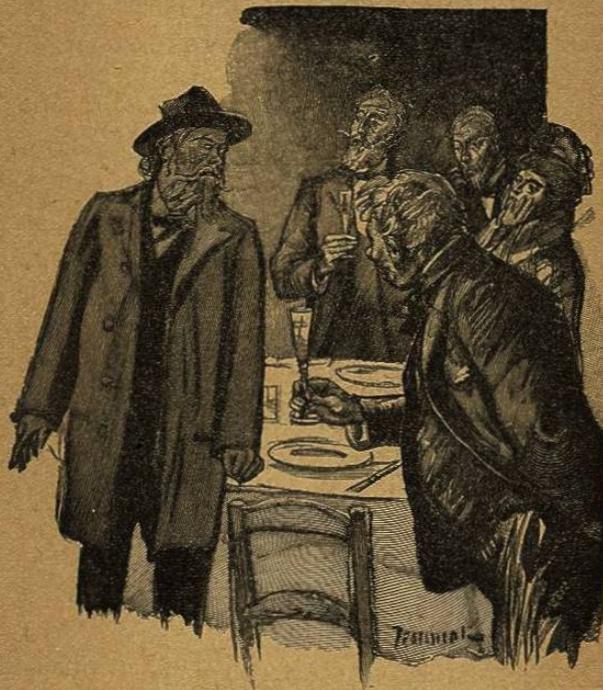
Loiseau advertía:

—¡Qué lástima! Si hubiera un piano, podríamos bailar un rigodón.

Cornudet, que no había dicho ni media palabra, hizo un gesto desapacible. Parecía sumergido en pensamientos graves, y de vez en cuando esti-

rábase las barbas con violencia, como si quisiera alargarlas más aún.

Hacia media noche, al despedirse, Loiseau, que



se tambaleaba, le dió un manotazo en la barriga, tartamudeando:

—¿No está usted satisfecho? ¿No se le ocurre decir nada?

Cornudet, irguiendo el rostro y encarándose con todos, como si quisiera retarlos con una mirada terrible, respondió:

—Sí, por cierto. Se me ocurre decir á ustedes que han fraguado una bellaquería.

Levantóse y se fué, repitiendo:

—¡Una bellaquería!

Era como un jarro de agua. Loiseau quedóse confundido; pero reponiéndose con rapidez, soltó la carcajada, exclamando:

—Están verdes; para usted... están verdes.

No lo comprendían, y explicó los «misterios del pasillo». Entonces rieron desafortadamente, como si se hubieran vuelto locos. El conde y el señor Carré-Lamadon, lloraban de tanto reír. ¡Qué historia! ¡Era increíble!

—Pero ¿está usted seguro?

—¡Tan seguro! Como que lo vi.

—Y ella se negaba...

—Por la proximidad... vergonzosa, del prusiano.

—¿Es cierto?

—¡Certísimo! Pudiera jurarlo.

El conde se ahogaba de risa; el industrial tuvo que sujetarse con las manos el vientre para no estallar.

Loiseau insistía:

—Y ahora comprenderán ustedes que no le divierta lo que pasa esta noche.

Reían sin fuerzas ya, fatigados, aturdidos.

Acabó la tertulia. «Felices noches».

La señora Loiseau, que tenía el carácter como una ortiga, hizo notar á su marido, cuando se acostaban, que la señora Carré-Lamadon, «la muy fantasmona», rió de mala gana, porque pensando en lo de arriba, se la pusieron los dientes largos.

—El uniforme las vuelve locas. Francés ó prusiano, ¿qué más da? ¡Mientras haya galones! ¡Dios mío! ¡Es una compasión; cómo está el mundo!

Y durante la noche resonaron continuamente, á lo largo del oscuro pasillo, estremecimientos, ruidos tenues apenas perceptibles, roces de pies desnudos, alientos entrecortados y crujir de faldas. Ninguno durmió, y por debajo de todas las puertas asomaron, casi hasta el amanecer, pálidos reflejos de las bujías.

El champagne suele producir tales consecuencias, y según dicen, da un sueño intranquilo.

Por la mañana, un claro sol de invierno hacía brillar la nieve deslumbradora.

La diligencia, ya enganchada, revivía para proseguir el viaje, mientras las palomas de blanco plumaje y ojos rosados, con las pupilas muy negras,

picoteaban el estiércol, andando erguidas y oscilantes entre las patas de los caballos.

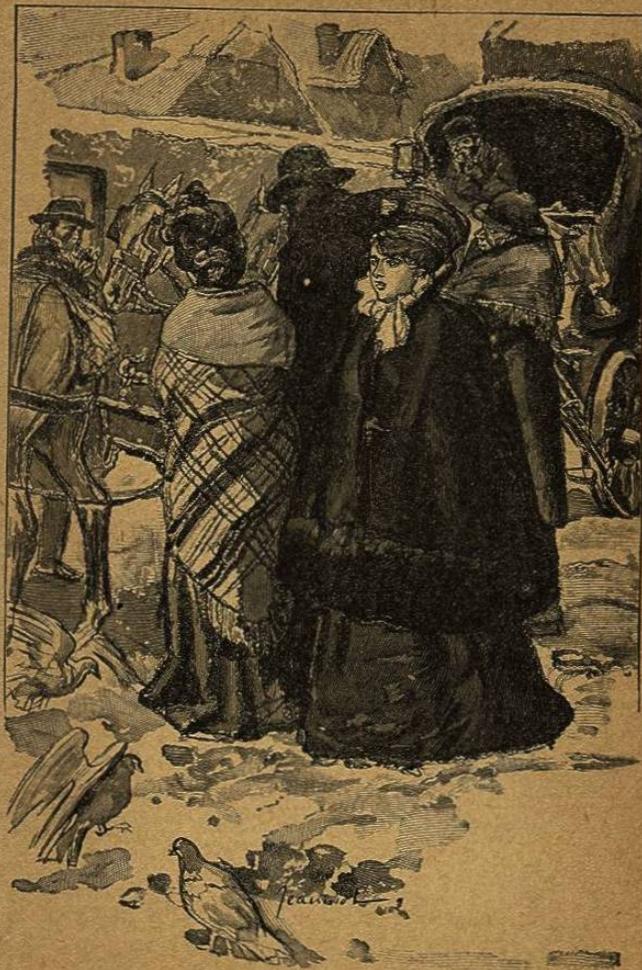
El mayoral, con su zamarra de piel, subido en el pescante llenaba su pipa; los viajeros, ufanos, veían cómo les empaquetaban las provisiones para el resto del viaje.

Sólo faltaba *Rollo de manteca*. Y al fin comparció.

Presentóse algo inquieta y avergonzada; cuando se detuvo para saludar á sus compañeros, hubiérase dicho que ninguno la veía, que ninguno reparaba en ella. El conde ofreció el brazo á su mujer, alejándola de un contacto impuro.

La moza quedó aturdida; pero, sacando fuerzas de flaqueza, dirigió á la esposa del industrial un saludo humildemente pronunciado. La otra limitóse á una leve inclinación de cabeza, imperceptible casi, á la que siguió una mirada muy altiva, como de virtud que se rebela rechazando una humillación que no perdona. Todos parecían violentados y despreciativos á la vez, como si la moza llevara una infección purulenta que pudiera comunicárseles.

Fueron acomodándose ya en la diligencia, y la moza entró después de todos, para ocupar su asiento.



Como si no la conocieran. Pero la señora Loiseau, mirándola de reojo, sobresaltada, indicó á su marido:

—Menos mal que no estoy á su lado.

El coche arrancó. Proseguían el viaje.

Al principio nadie hablaba. *Rollo de manteca* ni se atrevió á levantar los ojos. A la vez, sentíase indignada contra sus compañeros, arrepentida por haber cedido á sus peticiones y manchada por las caricias del prusiano, á cuyos brazos la empujaron todos hipócritamente.

Pronto la condesa, dirigiéndose á la señora Carré-Lamadon, puso fin al silencio angustioso:

—¿Conoce usted á la señora de Etrelles?

—¡Vaya! Es amiga mía.

—¡Qué mujer tan agradable!

—Sí; es encantadora; excepcional. Todo lo hace bien: toca el piano, canta, dibuja, pinta... Una maravilla.

El industrial hablaba con el conde, y confundidas con el estrepitoso crujir de cristales, hierros y maderas, oíanse algunas de sus palabras: «...Cupón... Vencimiento... Prima... Plazo...»

Loiseau, que había escamoteado los naipes de la Posada, engrasados por tres años de servicio sobre mesas nada limpias, comenzó á jugar al *besigue* con su mujer.

Las monjitas, agarrándose al grueso rosario pendiente de su cintura, hicieron la señal de la cruz, y de pronto sus labios cada vez más presurosos, en un suave murmurio, parecían haberse lanzado á una carrera de *oremus*; de cuando en cuando besaban una medallita, se persignaban de nuevo y proseguían su especie de gruñir continuo y rápido.

Cornudet, inmóvil, reflexionaba.

Después de tres horas de camino, Loiseau, recogiendo las cartas, dijo:

— Hay gazuza.

Y su mujer alcanzó un paquete atado con un bramante, del cual sacó un trozo de carne asada. Partiólo en lonchas finas, con pulso firme, y ella y su marido comenzaron á comer tranquilamente.

—Un ejemplo digno de ser imitado — advirtió la condesa.

Y comenzó á desenvolver las provisiones preparadas para los dos matrimonios. Venían metidas en un cacharro de los que tienen para pomo en la tapadera una cabeza de liebre, indicando su contenido: un succulento pastelón de liebre, cuya carne sabrosa, hecha picadillo, está cruzada por collares de fina manteca y otras agradables añadiduras. Un buen pedazo de queso, liado en un papel de periódico, lucía la palabra «Sucesos» en una de sus caras.

Las monjitas comieron una longaniza, que olía mucho á especias, y Cornudet, sumergiendo ambas manos en los bolsillos de su gabán, sacó del uno cuatro huevos duros, y del otro media libreta. Mondó uno de los huevos, dejando caer en el suelo el cascarón y partículas de yema sobre sus barbas.

Rollo de manteca, en el azoramiento de su triste despertar, no había dispuesto ni pedido merienda, y exasperada, iracunda, veía cómo sus compañeros mascaban plácidamente. Al principio, la crispó un arranque tumultuoso de cólera, y estuvo á punto de arrojar sobre aquellas gentes un chorro de injurias que se la venían á los labios; pero tanto era su desconsuelo, que ni pudo hablar, acongojándose.

Ninguno la miró ni se preocupó de su presencia; sentíase la infeliz sumergida en el desprecio de la turba *honrada*, que la obligó á sacrificarse, y después la rechazó como un objeto inservible y asqueroso. No pudo menos de recordar su hermosa cesta de provisiones, devoradas por aquellas gentes; los dos pollos bañados en su propia gelatina, los pasteles y la fruta y las cuatro botellas de burdeos. Pero sus furores cedieron de pronto, como una cuerda tirante que se rompe, y sintió pujos de llanto. Hizo esfuerzos terribles para vencerse; irguióse, tragó sus lágrimas como los niños, pero asomaron

al fin á sus ojos y cayeron por sus mejillas. Una tras otra cayeron lentamente, como las gotas de agua que se filtran á través de una piedra; y rebotaban en la curva oscilante de su pecho. Mirando á todos resuelta y valiente, pálido y rígido el rostro, se mantuvo erguida, con la esperanza de que no la vieran llorar.



Pero la condesa, notándolo, hizo al conde una señal. Encogióse de hombros el caballero, como si quisiera decir: «No es mía la culpa.»

La señora Loiseau, con una sonrisita maliciosa y triunfante, murmuró:

—Se avergüenza, y llora.

Las monjitas rezaban ya otra vez, habiendo arrojado en un papelucho el sobrante de longaniza.

Y entonces Cornudet—que digería los cuatro huevos duros—, metiendo sus largas piernas bajo el asiento frontero, reclinóse, cruzó los brazos, y sonriente, como un hombre que acierta con una

broma pesada, comenzó á canturrear *La Marsellesa*.

En todos los rostros pudo advertirse que no era el himno revolucionario del gusto de los viajeros. Nerviosos, desconcertados, intranquilos, removíanse, manoteaban; ya solamente les faltó aullar como los perros al oír un organillo.

Y el demócrata, en vez de callarse, amenizó el bromazo, añadiendo á la música su letra:

Patrio amor, que á los hombres encanta,
conduce nuestros brazos vengadores;
libertad, libertad sacrosanta,
combate por tus fieles defensores.

Avanzaba mucho la diligencia sobre la nieve, ya endurecida, y hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste del anochecer, en la obscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monotono, obligando á sus irascibles oyentes á rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico.

Y como la moza lloraba sin cesar, á veces un sollozo, que no pudo contener, mezclábase con las notas del himno entre las tinieblas de la noche.



ESPECULACIONES AMOROSAS

QUÉ se hizo Leremy?
—Es capitán en el sexto de dragones.

—¿Y Puisón?

—Suprefecto.

—¿Y Racollet?

—Murió.

Buscábamos otros nombres que nos recordaran á los compañeros de nuestra juventud á los cuales no habíamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia, ya calvos ó encanecidos, con mujer propia y abundante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

—¿Y Prudencio, el gran Prudencio?

Lancé una especie de alarido: